



ANA
Clavel

CorazoNadas

MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR | LITERATURA

CorazoNadas



GOBIERNO DEL
ESTADO DE MÉXICO



Universidad Autónoma
del Estado de México

Alfredo Del Mazo Maza
Gobernador Constitucional

Ivett Tinoco García
Secretaria de Cultura y Turismo

CONSEJO EDITORIAL

Consejeros

Ivett Tinoco García
Rodrigo Jarque Lira
Gerardo Monroy Serrano
Margarita Neyra González

Secretario Ejecutivo
Alfredo Barrera Baca

Comité Técnico

Alejandro Pérez Sáez
Rodrigo Sánchez Arce
Laura G. Zaragoza Contreras

Doctor en Ciencias
e Ingeniería Ambientales
Carlos Eduardo Barrera Díaz
Rector

Doctora en Humanidades
María de las Mercedes Portilla Luja
Secretaria de Difusión Cultural

Doctor en Administración
Jorge Eduardo Robles Alvarez
Director de Publicaciones Universitarias

CorazoNadas

ANA CLAVEL

COLECCIÓN
MUJERES. RAZÓN Y PORVENIR

FOEM
FONDO EDITORIAL ESTADO DE
MÉXICO



CorazoNadas

© Primera edición: Postdata Editores, 2014

© Primera edición: Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México / Universidad Autónoma del Estado de México, 2023

D. R. © Secretaría de Cultura y Turismo del Gobierno del Estado de México
Jesús Reyes Heróles núm. 302,
delegación San Buenaventura, C. P. 50110,
Toluca, Estado de México.
ceape.edomex.gob.mx

D. R. © Universidad Autónoma del Estado de México
Instituto Literario núm. 100, Oriente, C. P. 50000,
Toluca, Estado de México.
www.uaemex.mx
publicaciones@uaemex.mx

© Ana Elena Gómez Clavel

ISBN (colección GEM): 978-607-490-435-2

ISBN (colección UAEMÉX): 978-607-633-516-1

ISBN (GEM): 978-607-59858-3-1

ISBN (UAEMÉX): 978-607-633-674-8

Número de autorización del Consejo Editorial de la Administración Pública Estatal
CE: 226/01/58/23

Coordinación editorial: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Álvarez
Diagramación, formación y diseño de portada: J. Daniel Pichardo Vargas
Cuidado de la edición: César Alan Malvárez Hernández

Hecho e impreso en México / *Made and printed in Mexico*

Prohibida la reproducción total o parcial de esta obra, por cualquier medio o procedimiento, sin la autorización escrita de los titulares de los derechos patrimoniales.

LIMINAR

El corazón de los ociosos y la minificción

“Soñé con un lugar maravilloso donde la gente dormía toda su vida y sólo se despertaba para ir a su propio entierro. ¿Qué te parece?”, me contó mi hijo perezoso por las vacaciones escolares. Le respondí: “Eso es una minificción”. Tal vez él esperaba que lo reprendiera por levantarse tarde, pero yo comencé a fraguar unos apuntes para una miniteoría del microrrelato y le dije que lo haría coautor. Lo miré alejarse muy orondo a sus actividades, mientras me regocijaba de no haber caído en la trampa de los usos perversos de la virtud.

Estoy segura de que un dicho como “el perezoso y el cojo andan dos veces el camino” fue creado por alguien que odiaba a los que se detenían a la vera para contemplar el misterio de una flor en sombra, en vez de irse directo a la fábrica a producir ramos artificiales... o por alguien que no sabe de la “morosidad” necesaria para urdir una novela, una teoría científica, un cuadro, una balada o, incluso, una minificción. De hecho, los perezosos suelen ser muy creativos. Como sabía sir Winston Churchill, gracias a ellos tenemos los mejores inventos de la vida diaria.

El corazón de los ociosos va de la mano con remojar una magdalena en una taza de té y desencadenar todo un universo en siete tomos de memoria fulgurante como lo hizo el autor de *En busca del tiempo perdido*. Se sabe que Marcel Proust era un perezoso que dormía mucho de día y escribía por las noches acostado en su cama. Aquejado desde niño de asma, sus padres se acostumbraron a disculparlo diciendo que era un “pobre muchacho”. Un pobre chico que después sería un hombre ocioso e inútil, incapaz

de trabajar en algo productivo, pero sí de escribir acostado setenta horas seguidas —innumerables tazas de café de por medio— para forjar un fresco de historia y sociedad parisina, cuyo tema principal sería la memoria y el tiempo. No en balde, debido a su capacidad minuciosa para recrear paisajes, personajes, situaciones y pasiones mundanas, Jean Cocteau definiría la obra proustiana como una “miniatura gigante”.

Y, precisamente, una suerte de miniatura gigante es como yo definiría una buena minificción. Una historia de unas cuantas palabras o escasas líneas capaz de abrir universos de imaginación sugestiva. Aunque hoy en día se ha puesto de moda por la velocidad de nuestras vidas virtuales, alentada por las ocurrencias chispeantes de algunos usuarios de Twitter que se ejercitan en mensajes no mayores a ciento cuarenta caracteres, la minificción es vista por muchos otros con desconfianza.

Alberto Chimal, talentoso escritor que practica el microrrelato con maestría, escribió hace años una defensa juguetona titulada “Tolstoi descubre las cualidades de la minificción”. Con una existencia de ochenta y dos años, el autor ruso llegó a ser contemporáneo de Proust. Para Graham Greene, si Proust fue el más grande novelista del siglo xx, Tolstoi lo había sido del xix. Afamado autor de las voluminosas *Guerra y paz* y *Ana Karenina*, no conoció la minificción, pero sí el ocio creador. Su espíritu atormentado por la idea del sacrificio lo llevó a hacer de su existencia una larga inmolación por el arte, el bien común, la religión. Así, pues, el texto sobre Tolstoi y la minificción es una ironía hipotética: lo que el autor ruso pudo haber ponderado de ese género de haberlo conocido. He aquí el texto del maestro Chimal:

¿Conocen ustedes la anécdota de Tolstoi y los microrrelatos? Después de escribir varias novelas de inmensa longitud (*Guerra y paz*, *Anna Karenina*, *Resurrección*), un periodista le preguntó al anciano

escritor que por qué no intentaba el género del microrrelato. Y Tolstoi, que nunca tuvo pelos en la lengua, contestó: “Porque son muy difíciles”.

El microrrelato resulta un arte difícil precisamente por su brevedad, y, aunque abundan muchas minificciones, pocas son realmente “miniaturas gigantes”. Como todo arte verdadero, ninguna pereza le es suficiente.

Por eso, siguiendo el juego de Chimal, podríamos imaginar el siguiente minitexto: “Le preguntaron a Tolstoi por qué no escribía microrrelatos. Respondió con desaliento: ‘Lo diré de corazón: llevo toda la vida intentándolo, pero sólo me salen larguísimas novelas’”.

I. CORAZONADAS

Frontispicio

Corazo-todos pero, a la hora de la hora, corazo-nadas.

Mil y una noches después

—Ahora lo sabes... —le dijo Scherezade a un Aladino ya cansado por los años—. La verdadera lámpara de los deseos ha sido siempre tu propio corazón.

Corazón tan rosa

Corazón, rosa que palpita sus historias. A veces, se deshoja.

Génesis

El primer dibujante fue Dios. Antes que cualquier otra cosa, dibujó un corazón. Todo un follaje de sombras, una enramada, surgió de ahí después... De hecho, no hubo necesidad de dibujar más nada.

El secreto

Algunos han buscado los misterios en el firmamento y en las entrañas de las aves... Muy pocos han sabido que se trata más bien de la propia sombra y ese lugar secreto donde yace el corazón.

Secretos compartidos

Lo sabía Pascal, aunque lo dijo de otro modo: la razón tiene sinrazones que el corazón padece.

Reconocimiento

Se llevó una mano al corazón para percibir si latía. Sólo escuchó el silencio. Supo entonces que estaba muerto. Su vida de fantasma había comenzado.

Corazonada

Intentaba escuchar a su corazón, pero su corazón no le decía nada. Entonces ella seguía esa *corazonada*.

Farsante

El corazón de las tinieblas estaba lleno de luz.

Las dos Fridas

“De corazón a corazón —le dijo una Frida a la otra—, el tuyo es más atormentado, pero el mío sangra más”.

Corrección

Por fin habían recapturado a la pequeña Alicia. La Reina de Corazones se frotaba las manos con delectación. A su lado, el rey, buscando complacerla, ordenó:

—Que le corten la cabeza.

—No —objetó la reina—. Esta vez haré honor a mi nombre: que me traigan su corazón.

Hay un lugar

Hay un lugar donde la gente se quita el corazón para dormir. Al despertar, le da cuerda y vuelve a ponérselo.

Preguntas al corazón

En los momentos cruciales le decían: “Pregúntale a tu corazón”. Sólo que, aquella vez, su corazón guardaba silencio. Recordó a la reina de Blanca Nieves con su “espejo, espejito” y probó a decir: “Corazón, corazoncito”. Él respondió: “¿Crees que estamos en un cuento de hadas? ¿Que soy un oráculo? Sábetete que sólo soy un corazón fallido”. Y calló para siempre. “Fin”.

Responde el corazón

“Pregúntale a tu corazón”, como si fuera uno un sabelotodo —dijo el corazón francamente molesto—. A ver, por qué no le preguntan al riñón, a la uña del pie, a su repútrida nariz... Estoy harto de confidencias y secretos. Pondré un letrado como cualquier profesional: “Toda consulta causa honorarios”.

Corazón-tambor

Supo que estaba enamorado porque su corazón-tambor dio los redobles para una sinfonía completa. Su cerebro, su estómago, sus manos y sus pies ofrecieron entonces el peor concierto de su vida.

Corazón tan solitario

Siguieron el rastro de sangre. Pero no encontraron nada más. El corazón era un cazador solitario. Por supuesto, nadie supo si la sangre era de la víctima o del cazador.

Nueva noche bocarriba

Creyó
que era un
sol rojo que goteaba
cuando el sicario sacó algo de
su pecho sacrificial y lo elevó a las alturas.

Destino

Al que nace
con corazón
de martirio
del cielo
le caen
las
es
pi
na
s
.

La irresistible tentación de la inocencia

Traía
el corazón en
la boca y lo entregaba
cada vez que daba un beso.
Y luego se quejaba de que
se lo devolvieran
en pedazos.

Una mexicana que paraguas vendía

Hay paraguas para la lluvia y para las tormentas de amor, paraguas de colores y con forma de corazón.

Corazón-caracol

Saca sus cuernos al sol cuando lo endulza la venganza o el perdón.

Dicen por ahí

Un hombre soñado por Shakespeare dijo que estamos hechos de los sueños de un corazón que aún no despierta.

Corazón débil

El suyo era un corazón tan débil que tuvo que ponerse una férrea coraza de egoísmo y vanidad; rodearse de millones y de éxito. En las noches, a solas con su sombra, lloraba como un hombre de hojalata.

Corazón doble

Todo esquizoide lo sabe en el fondo de su corazón. En un principio, hubo un gemelo, un rival, una sombra que anular. A la postre, se ganó la batalla por el cuerpo, pero la mente tuvo que compartirse.

Mareas y naufragios

Era tan susceptible que se le inundaba fácilmente el corazón. Un paisaje paradisiaco podía provocarle devastaciones; una verdadera calamidad podía dejarlo a la deriva. A nadie sorprendió que fuera capitán en tierra, dando tumbos entre mareas invisibles, y muriera varado en el alcohol.

Cuento de hadas

I

Y cuando despertó con el corazón en la mano, supo que ahora vivía en un cuento de terror.

II

Y cuando despertó con el corazón fuera del pecho, supo que su príncipe era en realidad un asesino serial.

Otro cuento de hadas

Y cuando despertó, descubrió con el corazón emocionado que la princesa tenía un látigo y lo agitaba como una promesa.

Corazón contento

Frotaba su corazón como si fuera una lámpara de los deseos. Aparecía entonces un genio que le decía: “Tus deseos son órdenes”. Pero en aquella ocasión surgió un genio bellissimo, de cejas pobladas, de musculatura perfecta. Pidió entonces: “Quiero estar contigo adentro de la lámpara”. Como siempre, el deseo le fue concedido. Su corazón latió orgasmos de contento.

Corazón sexual

“El corazón, el órgano más misterioso que existe, justamente porque es el mismo para ambos sexos. Como si el corazón fuera el sexo común a los dos sexos. El sexo humano. El corazón es el sexo humano”.

HÉLÈNE CIXOUS

El beso

A Samuel Coleridge

Hay una mujer con boquita pintada de corazón azul metálico que me persigue en sueños. Al principio, creí que quería seducirme. Después, cuando el sueño cambió y comenzó a perseguirme con el bilé en mano, no tuve más remedio que dejarla hacer. Desde entonces despierto y me descubro con una flor en los labios. Sabe a Paraíso.

Mínima I

No hay laberinto más intrincado que el corazón de un hombre.

Mínima II

—“No hay laberinto más intrincado que el corazón de un hombre”. Muy cierto. Los hombres son muy enredados —le dijo una feminista a la autora.

—Pues yo hablaba del género humano —contestó la otra—. O me vas a decir que las mujeres no...

Los malos libros

La historia de un libro es secreta como los laberintos del corazón. Cada línea es un hilo de Ariadna que, lejos de llevarnos fuera, nos adentra en su interior. Claro, salvo en los malos libros.

Miradas al mundo actual

El mundo en internet crece en la mirada y se extiende... más adentro... hasta el corazón —a veces hasta el otro corazón, ése que palpita más abajo.

Las afinidades electivas

Una amiga a la otra, con el corazón en la mano: “Me dará mucho gusto odiarte”.

“Fallaste, corazón” I

La vida es la ruleta en que apostamos todos. Fallaste, corazón... Te pondré un marcapasos.

“Fallaste, corazón” II

La vida es la ruleta en que apostamos todos. Y a ti te había tocado nomás la de ganar. Fallaste, corazón... Te pondré un marcapeso\$os.

Corazón entripado

El corazón hace sus escándalos. Se emberrincha, cabriolea, relincha, bufa, espumea. ¿Será también el mar?

Más variaciones de Pascal

I

La razón tiene sinrazones que el corazón no entiende.

II

El corazón tiene sinrazones que la razón padece.

Rousseauniana

Yo sé escribir en mi corazón.

Shakespearianas

I

Cuestión de vida o muerte permanecer con el corazón en su sitio:
el Mercader de Venecia.

II

Cuestión de amor o muerte mantener el corazón con uno: Ro-
meo y Julieta.

El plato frío de la venganza

El anatomista le dijo a Casanova que su corazón se haría más fuerte conforme amara más. El anatomista había sido burlado por el famoso amante y su mujer. El corazón de Casanova no se hizo más fuerte, pero sí creció más y, exhausto, fue la causa de su muerte. Los médicos de hoy le habrían diagnosticado sencillamente “megalocardia”: corazón agigantado.

Il mostro

Casanova tenía un gran corazón... entre las piernas.

Corazón inflable

A la muñeca inflable le concedieron un corazón hidráulico que se hinchaba y se desinflaba por motivos irracionales. Dijo entonces: “Ahora entiendo a los hombres”.

El misterio

Buscó en los altos cielos y en el intestino de las ratas. Dialogó con Mefisto y Supermán. Murió ignorante de que el misterio estaba mucho más cerca. Se le acabó el tiempo: el único reloj que importaba era su propio corazón.

Depresión

Se le olvidó que debía darle cuerda cada mañana con un odio o alguna pasión. Al principio, su corazón caminó más despacio. Después se paró.

Memoria del corazón

La respuesta no tiene memoria.
Sólo la pregunta recuerda.

EDMOND JABÈS

Los recuerdos vuelven a pasar una y otra vez por el corazón:
re-cordis como en su origen latino. Recuerda... Dale cuerda al
corazón —y mecha para que se encienda.

Viaje al centro del corazón

Llevaban horas en aquel viaje fantástico, inoculados en el torrente sanguíneo del tirano. Tanto esfuerzo para miniaturizarlos a ellos y a la nave sin resultado. Debían llegar al ventrículo izquierdo para librarlo de una obstrucción, pero sólo daban vueltas en un flujo absurdo, demencial. Hasta que, exhaustos, se dieron por vencidos: las radiografías y los *scanners* estaban equivocados. El tirano no tenía corazón.

Metropolitana

Metro Insurgentes: el corazón *tu-ru-rú* del Sistema Arterial Colectivo de la Ciudad de México.

Corazón insomne

Soñé con un lugar maravilloso donde la gente dormía toda su vida y sólo se despertaba para ir a su propio entierro.

Corazón insomne (II)

En la noche interminable, con los ojos enrojecidos, la cabeza a punto de estallar, su corazón latía “tic-tac, tic-tac, tic-tac”.

El corazón de un microrrelato

Me contó mi hijo perezoso por las vacaciones escolares, luego de despertarse a mediodía: “Soñé con un lugar increíble en el que la gente dormía toda su vida entera y sólo se despertaba para ir a su propio entierro. ¿Qué te parece?” Le respondí: “Eso es una minificción” —y luego le pedí permiso para transformarla en una “CorazoNada” que llevaría por título: “Corazón insomne”.

Declaración de amor

Desde mi corazón adicto a las palabras, adoro a veces tu mala ortografía. Como cuando escribes “me encanto” para decir que algo te gustó sobremanera, y descubro entonces ese tu narcisismo involuntario. ¿Cómo no va a encantarme que te encantes, si a veces, no siempre, eres tú también, corazón errático, *carta de amor con faltas de lenguaje?*

Culinaria

A fuego lento se cuecen los mejores corazones, dijo la bruja de *Hansel y Gretel*.

Corazón de pollo

Se dice de los blandos, los que se conmueven con facilidad, que tienen corazón de pollo. Pero el susodicho responde: “A ver, quiero que los preparen en bandeja, con las piernitas al aire, descabezados, a ver si son tan gallitos para seguirse burlando de mí”.

Corazón gourmet

¿El mejor de los amantes? El señor corazón de alcachofa que te deja siempre insatisfecho, pero feliz.

Corazón serial

I

Cazaba cuerpos para coleccionar corazones. Lo apodaron “Cupido”. Otros preferían llamarlo Casanova serial.

II

—Cuando los embalsamadores egipcios vaciaban un cadáver, ¿adivinen qué órgano reintroducían en el cuerpo antes de envolverlo en lienzos de lino aromáticos? —preguntó el cazador solitario a su corte de corazones en formol.

III

—De tiempos ancestrales data la prohibición “*Cor ne edito*”: No comas el corazón. Todo para evitar los salvajes ritos sangrientos... Yo por eso sólo los colecciono —dijo muy orondo el cazador solitario.

IV

—Por tres cosas puede reconocerse a una mujer: el rostro, el pubis, el corazón... Pero yo digo que el último es el mayor tesoro —dijo el cazador solitario mientras colocaba en la repisa su trofeo número veintitrés.

V

Había sido un seductor fallido. Pero ahora podía decir al mirar las fotografías de aquellas mujeres des-corazonadas: “Las traigo muertas”.

VI

El cazador solitario no fue atrapado por la policía. Por una suerte de justicia poética, sólo lo paró su propio corazón: fue una simple detención.

Reincidente

Ella —como el poeta Pellicer— había puesto encima de su pecho un pequeño letrero que decía: “Cerrado por demolición”. Pero al poco la podía ver usted, adicta, reincidente, “pintando las paredes, abriendo las ventanas”, adornando la mesa con la flor dorada con que paga sus encantos la ilusión. Suena cursi, pero no deja de ser cierto: su droga era el amor.

Corazón devoto

Velardiana I

Corazón adicto, corazón péndulo de las seis de la tarde, corazón impúdico, corazón sulfato de cobre, corazón fulmíneo, corazón paradoja, corazón impotente, corazón irremediable.

Velardiana II

Sin ton ni son, el descarriado corazón.

Desenlaces

Siempre hay cura para un corazón de dolor inenarrable: la palabra “fin”.

*

Su corazón en conflicto siempre le dio demasiada guerra. Hasta que consiguió sepultarlo. Descanse en paz.

Altura inadecuada II

Se arrojó desde el mirador de la Torre Latina porque sintió que no podía más. Al despertar, una enfermera le ajustaba el suero. Alcanzó a gemir “¡Oh, no...!”, pero la enfermera la tranquilizó de inmediato.

—Tuvimos que intervenirla —le dijo— porque desde la altura de donde se lanzó usted es inevitable romperse el alma.

(—Eso no es cierto... —objetó una lectora conspicua—. Cuando se arrojó, ya llevaba el corazón resquebrajado).

Saltos mortales

I

¿Cuándo empieza a resquebrajarse un alma como para dar un salto al vacío? Melancolía habrían dicho los antiguos; depresión dicen los psiquiatras de hoy en día. Se trata siempre de un corazón al que le gustan las alturas... y las caídas.

II

Robert Burton escribe en *Anatomía de la melancolía*, de 1621, que se trata de un mal inherente al hecho de ser criaturas mortales —o saltimbanquis...

III

A menudo la melancolía es vista con un halo de belleza lánguida, subyugante conforme su influjo crece, algunas veces hasta la destrucción. Se trata entonces de una *atracción fatal*. Un regusto del que por su corazón muere, hasta la muerte le sabe.

IV

“Eres lo que has amado”, dice el famoso psicoanalista a un corazón maltrecho que por supuesto reconoce que amó a un ser deforme.

V

No hay nada definitivo respecto a una teoría del corazón suicida, salvo que cuando se arroja por una ventana, del cielo *no* le caen las alas.

Francesca Woodman

Mucho antes de suicidarse, se tomó fotos como una Alicia ensimismada en su belleza triste, sin más prendas que unos zapatos de colegiala y unas calcetas perfectamente blancas en unas pantorrillas que habían dejado de ser infantiles pero conservaban su nostalgia. Cada foto suya es un latido delator.

Anuncios clasificados

Costura y zurcidos invisibles. Cosemos y reparamos cualquier tipo de descosido o desgarradura, excepto corazones rotos.

Lecciones de sastrería

Nunca falta un corazón roto para un pecho mal zurcido.

Sirenocardia

Tenía una concha de caracol por corazón, y cuando los hombres —esos bípedos incorregibles— la abandonaban, se lo llevaba al oído.

Al escuchar el ritmo del oleaje, su cola se humedecía, sus cabellos brillaban fosforescencias, lista para una nueva travesía.

También usaba su concha-corazón para quedarse dormida, sin necesidad de abrir los ojos.

Corazón Aleph

“El pequeño espacio dentro del corazón es tan grande como este vasto universo. Los cielos y la tierra están ahí, el sol, la luna y las estrellas; el fuego y el relámpago y los vientos están; y todo lo que ahora es y todo lo que no es...”.

UPANISHAD CHANGOGYA, S. IX A. C.

Corazón recóndito

En todo corazón habita un bosque. Con sus árboles frondosos, sus musgos iridiscentes, sus cascadas y riachuelos sinuosos, sus criaturas salvajes. También pájaros que cantan a los rayos del sol que se cuelan en la enramada y una cabaña recóndita entre el sueño y la espesura. Ahí se fraguan los deseos más poderosos, los que nos abisman gota a gota en la vida, los que nos arrojan lo mismo al éxtasis que a la disolución.

Corazón de dinosaurio

Tanto hablaban de él, inventándole quién sabe cuántas colas, que, cuando despertaron, descubrieron que por fin se había marchado. Pues qué esperaban... El dinosaurio también tenía su corazoncito.

Anatómica del corazón

El corazón es una cavidad
hueca llena de
sangre

.

Epitafio del corazón

No se culpe a nadie
de mis latidos.

II. CORAZO TODOS

Mosquito Corazón

Lo llamaban “mosquito corazón” porque se aposentaba en el pecho desnudo de un durmiente, y succionaba hasta quedar hinchado como un pequeño músculo con forma de manzana.

*

En general eran inofensivos.

*

Al despertar el durmiente y observarse la punzada azulosa, podía buscar al culpable, que, ahíto de alimento, reposaba no lejos de su víctima, paralizado por el peso de su crimen.

*

Entonces el ultrajado podía sacar un periódico, leer la noticia que le llamara la atención, enrollarlo y, finalmente, asestar un certero golpe sobre el redondo insecto.

*

Qué placer percibir el estallido de ese pequeño corazón y luego su huella cárdena en el papel. Una diminuta venganza capaz de alegrarle a cualquiera la mañana.

*

Pero había otros, los llamados “mosquitos corazón gigante”. Del tamaño de una libélula, eran capaces de succionar un pecho hasta provocar un paro o dejarlo vacío.

*

Eran los niños los que solían divertirse con ellos al encontrarlos aposentados en los jardines o en las lagunas. Como volaban pesadamente, resultaba fácil atrapar aquellos corazones volátiles.

*

Era una ternura ver cómo los arropaban junto a su pecho, luego oírles el zumbido de sonaja al agitarlos, u oprimirlos hasta que explotaban y les dejaban las manitas manchadas de sangre.

Un corazón entre las sombras

Le llevó días al Dibujante de Sombras acondicionar la cabaña para transformarla en una gran cámara oscura. Era como si necesitara introducirse en ella, vivir en su vientre gestante para sentirse pleno. Por primera vez.

*

En el interior de su cabaña convertida en cámara oscura, el Dibujante de Sombras no dibujaba las imágenes capturadas. Atisbaba un mundo. Un entramado de luz y sombra con otra clase de espesura. Como si dijéramos densidad y ligereza, espuma y piedra. Y en aquel estado de suspensión indefinida, el joven dibujante se descubría latente, palpitante, colmado y sin deseo alguno.

Simplemente vivo. O muerto.

Durmiendo por entero su sueño de sombra.

*

Hasta que llegaron a despertarlo. Las gemelas.

El Dibujante de Sombras iba y venía por la ciudad casi dormido, cumplía con sus tareas de copiado en el gabinete del reverendo, y regresaba a su limbo.

Pero un sábado Clara y Elise se escaparon de la última recolección de membrillos de la temporada, un acto ritual y festivo para despedir el otoño que concluía con la preparación de mermeladas y conservas, y fueron a la cabaña.

El Dibujante de Sombras supo que eran ellas porque vio sus sombras en el interior de la cámara, subiendo la ladera. En la penumbra del lugar, de pronto fue una sorpresa poseerlas ahí, por entero a su disposición, delinearles los rostros y los cuerpos, dibujarlas en la pared, como si las estuviera creando en ese mismo momento.

*

Apenas el Dibujante de Sombras les franqueó la puerta, ellas entraron como dos haces de luz. Risueñas, juguetonas, apropiándose de la penumbra. Apropiándose de la voluntad del joven. Él les mostró los paisajes circundantes reflejados en las paredes interiores de la cámara oscura. Lo mismo el nido del estornino en las ramas altas del roble que protegía la cabaña, que la embarcación que en ese momento cruzaba el río Limmat rumbo al lago.

Se hacía tarde. Clara le hizo una señal a Elise que el Dibujante de Sombras interpretó de despedida. Pero en vez de eso, ambas chicas comenzaron a desvestirse.

—Queremos ver cómo se refleja ese mundo de fuera en nuestra piel desnuda... —dijo Elise en un susurro y Clara continuó—. ¿Nos ayudas?

El Dibujante de Sombras obedeció.

*

Acostumbrado a las sombras, el Dibujante de Sombras era capaz de distinguir las formas tenues de Clara y Elise en la cámara oscura. Se habían quedado dormidas, una en brazos de la otra. Completamente desnudas. La grupa de una recordaba una mandolina. Los senos de otra, dos naranjas plenas. El cuello lánguido de alguna de ellas, la garganta exangüe de un ánsar. El

recorte de un hombro, una hogaza de pan. Sus pubis rojizos, la llamarada de una flor voluptuosa.

Se trataba de un cuadro o una naturaleza demasiado viva.
También desfalleciente después del amor.

*

Fue sin duda un periodo de dicha para el Dibujante de Sombras. El universo que se revelaba en la piel de las muchachas o en un lienzo de papel o cuero blanco que mojaba en una solución con las sales de plata que le había dejado Calabria para luego colgarlo de una de las paredes interiores de la cámara. Previamente, había orientado el tubo de lentes y espejos en dirección de la vista elegida para que la luz dibujara con dedos finos el trazado en sombras del paisaje. Eran retratos portentosos, vistas de la ciudad de Zúrich y el río Limmat como nadie hubiera podido realizarlas. Con una delicadeza en la variedad de tonos y una profundidad de campo que era como si hubieran abierto una ventana y ahí, al alcance de la mano, pudiera tocarse un mundo creado a imagen y semejanza de éste. Pero, por la acción de los matices y las sombras, mucho más detallado y de mayor finura. También, por el hecho de situarlo en las lindes del papel, de apartarlo del resto del panorama, la perfección súbita de un mundo exultante pero a la vez tan silencioso cuya belleza a menudo nos pasa inadvertida.

*

También disponía escenas más cercanas, aunque para ello tuviera que adaptar un segundo lente en el tubo que le servía de visor. La enramada del roble que protegía la cabaña, los viñedos en largas hileras que se extendían hasta el horizonte, el cajón que le servía de mesa cubierto con un mantel sobre el que ha-

bía dispuesto un plato con uvas y membrillos y un florero que le había obsequiado la mujer del reverendo. Pero todas estas visiones estaban destinadas a desvanecerse a la luz del día. Por más que intentara fijarlas con barnices y soluciones de sal marina o betún de Judea. Por eso, las contemplaba en el interior de la cámara con una bujía graduada al mínimo. Y se sentía entonces desdichado de poseer un tesoro destinado a desaparecer como las nubes que cruzaban la superficie del agua de un estanque para luego abandonarlo irremediamente.

Mientras observaba el proceso de deterioro de las imágenes que inicialmente había expuesto más a la luz directa, su irremediable oscurecimiento, el Dibujante de Sombras no podía dejar de pensar que la belleza es siempre fugaz e inasible. Y la felicidad que nos procura también.

*

Solían verse los tres por la noche, cuando el pastelero Huber y su esposa llevaban ya un par de horas dormidos y las gemelas dejaban cojines en las camas simulando los pequeños bultos de sus cuerpos y corrían a deslizarse por la escalera de mano que ellas mismas habían confeccionado con cuerdas y maderas para descolgarla desde el primer piso donde dormían. Luego corrían embozadas y silenciosas hasta los primeros campos de viñas. Así había sido casi todas las noches en las últimas semanas sin que ninguna de las dos hermanas se cansara.

*

A menudo no hacían sino permanecer juntos, piel con piel, escuchando la respiración tenue de los otros. A menudo se amaban también, en una encarnizada lucha e inusual maceración de tres cuerpos. Hubo una noche en que no supieron en qué mo-

mento se habían quedado dormidos afuera de la cabaña. Una luna llena en lo alto refulgía con una claridad enceguecedora. De pronto, Elise sintió frío y se levantó a avivar el fuego que el Dibujante de Sombras había dispuesto a pocos pasos de la estera donde se recostaron, pero la leña se había consumido por completo. Miró entonces a su hermana y a su amigo todavía entrelazados y pensó por un momento en guarecerse a su lado, pero no sería suficiente para protegerse del frío. Así que decidió envolverse en su chal e ir por más leña. Cuando regresó del depósito que estaba en la parte posterior de la cabaña, Clara y el Dibujante de Sombras ya se habían despertado. Silenciosos y embelesados, todavía abrazados, contemplaban el firmamento. Elise apretó los leños contra su seno. La oscuridad circundante y el fulgor lunar revelaban a los dos jóvenes como una única sombra iluminada.

*

—Mira, Dibujante —dijo Clara señalando la luna—. Está tan iluminada que parece más bien un hueco por donde alguien nos observa... Y la oscuridad que nos rodea, ¿no te parece que es como si estuviéramos en el interior de una gran cámara oscura y la luna el orificio por donde se cuele la luz?

El Dibujante de Sombras miró en derredor perplejo. Emocionado le besó las manos a Clara.

—Y tú y yo somos entonces sombras reflejadas en la gran cámara oscura de este mundo —dijo el joven—. Y si somos sombras, reflejos de otros seres, ¿te estoy amando allá de una forma más perfecta y plena que aquí? No lo creo...

*

Elise no pudo resistirlo. Dejó caer la leña que traía lo mismo que dejó caer el corazón en una inconsciencia profunda como el sueño de la muerte.

*

Las visitas nocturnas se suspendieron. Una debilidad quebrantaba el cuerpo y el ánimo de Elise a tal punto que sus padres llamaron al doctor Widmer, el mismo que había atendido a las gemelas desde su primera escarlatina. Apenas ver a la joven postrada, el viejo Jeremiah Widmer supo que aquella era una dolencia del alma, pero —ahí estaba una tosecilla seca que irrumpía repentinamente— podía agravarse.

—Demasiado humor melancólico —dictaminó el doctor con su parquedad habitual—. Habrá que sangrarla.

Clara presenció y ayudó al doctor durante todo el procedimiento. En el momento de la incisión de la cuchilla en el brazo de su hermana y mientras brotaba ávidamente el primer chorro de sangre, no pudo evitar un espasmo de dolor y se cubrió la cara con las manos. Cuando las apartó, la mirada de Elise la enfrentó con dureza. Desde una irrevocable fragilidad enemiga.

*

Clara se guardó de derramar una sola gota de la sangre de Elise. La puso a serenar durante las noches en una vasija de plata hasta que la sangre se hizo escamas y luego polvo. Vertió el polvo en una ampolleta y la escondió en un armario. Habían transcurrido un par de semanas desde que Elise cayera enferma sin que pudiera apreciarse mejoría alguna. Entonces decidió ir por el Dibujante de Sombras. No le costó trabajo convencer al joven para que la acompañara y, protegidos por la noche, se deslizaron hasta la casa familiar.

Antes de dejar la cabaña, Clara le pidió al Dibujante de Sombras el primer retrato de sombras que les había hecho a ella y a su hermana en la cámara oscura.

Sin saber lo que hacía o cuáles eran las secretas razones que la llevaban a actuar de aquel modo, en la penumbra de una luna nueva, Clara pinchó un dedo del Dibujante de Sombras y después uno propio para extraer unas gotas y luego mezclarlas con el polvo de la ampolleta que había traído consigo.

Con la mezcla así creada, procedió a rellenar el dibujo de la sombra de su hermana.

*

Otra madrugada Clara llevó al Dibujante de Sombras a ver a la hermana enferma y lo dejó solo con ella hasta que comenzó a alborear. Fue hasta entonces cuando regresó para decirle al Dibujante que debía marcharse.

Apenas entreabrió la puerta y encontró sus cuerpos entrelazados, a la deriva de la entrega y la reconciliación. No pudo dejar de advertir el rostro bienaventurado de Elise, el goce y la vida que otra vez respiraban en ella, y dudó un instante en perturbarla.

Finalmente despertó al Dibujante de Sombras que se desprendió suavemente del cuerpo de su amiga. Se vistió en silencio y luego se descolgó por la escalera de cuerda. Aún no había desaparecido por la ventana, cuando el muchacho buscó una de las manos de Clara que se asomaba para verlo partir y recoger la escalera. Entonces depositó un beso en la punta de sus dedos. Fue una señal de agradecimiento y devoción.

Elise contemplaba la escena desde su cama y enfrentó a su hermana cuando ya el joven había terminado de marcharse.

—Júrame que te harás a un lado... Que me dejarás al Dibujante de Sombras sólo para mí.

El rostro de Elise llameaba furia. Clara contempló a su hermana con asombro: qué lejos la dulce y tierna Elise de toda la vida. Y entendió que el amor también puede abrirnos por dentro, revelarnos otros, desconocidos.

*

Elise se recuperaba. Volvía a sonreír y a dar paseos breves con su hermana. Podía vérselos cómplices y amigas de nuevo. Así las encontró un sábado el Dibujante de Sombras en que coincidieron sin ponerse de acuerdo en la Heim Platz, adonde el muchacho había ido a surtir de sales de plata en el establecimiento del farmacéutico Boker. El joven las saludó con formalidad. No se quitó el sombrero porque no solía usarlo salvo en invierno, pero hizo una leve inclinación. Ellas se detuvieron y como un par de muñequitas de caja musical, giraron con pasos saltarines, cada una en sentido opuesto. Al terminar, dijeron al unísono:

—Buenos días, maestro Dibujante de Sombras.

Y se alejaron en medio de una risotada, enlazadas en un abrazo fraternal. El Dibujante de Sombras las miró perderse ligeras y volátiles por la calle de los tilos y creyó que las cosas volverían a ser como antes.

Se recargó en un pilar y cerró los ojos. Su interior también era una cámara oscura donde se dibujaba el recuerdo sublime de las gemelas. Su entrega absoluta. Su calidad de sombras sometidas a la voluntad de la mano que las delineaba según la luz espesa de su corazón.

Corazón tan azul

La fila de atención a clientes era numerosa. La verdad no entiendo a estas empresas que se gastan millones en publicidad con globos aerostáticos y tomas panorámicas espectaculares, videos hechizantes que harían al más pelmazo ambicionar sus productos y el modelo de vida ensoñada que proponen, pero que en la práctica son incapaces de brindar un buen servicio, un trato amable y respetuoso a sus consumidores.

*

Pasaban los minutos, la cola de ese animal de reclamos e inconformidades que conformábamos no avanzaba, y la gente comenzaba a dar señales de hartazgo. Un hombre a quien le habían regresado por segunda vez un equipo deficiente vociferó con demandar en la Procuraduría del Consumidor. Mientras la chica que lo atendía se alejaba a consultar el caso a un privado, observé aquella especie de ratonera donde nos encontrábamos como conejillos de laboratorio: la luz artificial blanquecina, la escasez de mobiliario, el aire enrarecido contribuían a la sensación de atrapamiento.

*

Entonces reparé en la pared lateral más próxima, cubierta en buena medida por un acrílico azul brillante. Era como un ventanal donde se reflejaba en una dimensión cerúlea el espacio de

la sucursal toda, con sus varios mostradores y numerosas filas. Ahí estábamos unos y otros, duplicados en ese mundo en azul. Cuando encontré mi propia figura en la superficie plástica, tuve ganas de levantar la mano y saludarme pero aquello hubiera sido muy desconcertante para quien lo hubiera advertido —no pocos por cierto, pues cansados de la espera, a los de mi cola animal no les quedaba más remedio que alzar los cuernos, atisbar por sus celulares o espiarlos a los otros con desconfianza y malestar—.

*

Comencé a escudriñar aquel mundo paralelo de sombras y fantasmas azulados. Ahí estaba el hombre al que le habían regresado por segunda vez un equipo que a las primeras de cambio, volvía a fallar. De un tono azul subido, aguardaba con enfado que regresara la muchacha del mostrador, tamborileaba los dedos, cambiaba el peso de una pierna a otra, se llevaba la mano al cuello. También una mujer de traje sastre de muy buenas carnes azules a la que el policía de vigilancia no le quitaba el ojo. Un joven oficinista que había aprovechado la hora de comida para ir a hacer cola y mandaba mensajes por su celular a una velocidad frenética. Una pareja gay que no paraba de contarse las últimas andanzas del fin de semana —vehementes en sus gestos, parecían arlequines de un circo entre azul y buenas tardes.

*

Por fin regresó la chica de nuestro mostrador. Con absoluto desdén le comunicó al cliente que la empresa no se hacía responsable del aparato porque la póliza había vencido un día antes. En respuesta, el hombre del plano azul la tomó del cuello sin miramiento alguno y comenzó a zarandearla. Pero en

vez de gritar pidiendo ayuda, la muchacha parecía disfrutarlo y hasta gorjeaba en azul celeste. Estupefacta, busqué al policía que no le quitaba el ojo a la mujer de buenas carnes, pero ya no sólo la miraba, sino que había pasado a la acción y tras acariciarle los senos, le ponía su propia gorra en la cabeza y ella se dejaba tomar fotos con una camarita que el vigilante acababa de extraer del bolsillo del oficinista. Por su parte, la pareja gay se había puesto a hacer lagartijas azules en plena sala de espera y varios les hacían corro y les llevaban la cuenta.

*

Esto sucedía en la parte más próxima a mi fila, pero más allá había piruetas y extravagancias insólitas, besos entre desconocidos, manoseos, cuchicheos, bofetadas, golpes... Un pandemónium se desataba en aquel ventanal de acrílico azul mientras de este lado del espejo la gente continuábamos en nuestros lugares de tedio y hartazgo con toda nuestra gama de colores reales.

*

Volví a buscar mi figura en aquel mundo tan azul. Me costó trabajo dar conmigo. El corazón se me transparentaba por la piel con un azul desatado, intenso. Por lo demás, no puedo revelarles lo que estaba haciendo.

Índice

LIMINAR

El corazón de los ociosos y la minificción	11
--	----

I. CORAZONADAS

Frontispicio	17
Mil y una noches después	19
Corazón tan rosa	21
Génesis	23
El secreto	25
Secretos compartidos	27
Reconocimiento	29
Corazonada	31
Farsante	33
<i>Las dos Fridas</i>	35
Corrección	37
Hay un lugar	39
Preguntas al corazón	41
Responde el corazón	43
Corazón-tambor	45
Corazón tan solitario	47
Nueva noche bocarríba	49
Destino	51
La irresistible tentación de la inocencia	53
Una mexicana que paraguas vendía	55
Corazón-caracol	57
Dicen por ahí	59

Corazón débil	61
Corazón doble	63
Mareas y naufragios	65
Cuento de hadas	67
Otro cuento de hadas	69
Corazón contento	71
Corazón sexual	73
El beso	75
Mínima I	77
Mínima II	79
Los malos libros	81
Miradas al mundo actual	83
Las afinidades electivas	85
“Fallaste, corazón” I	87
“Fallaste, corazón” II	89
Corazón entripado	91
Más variaciones de Pascal	93
Rousseauniana	95
Shakespearianas	97
El plato frío de la venganza	99
<i>Il mostro</i>	101
Corazón inflable	103
El misterio	105
Depresión	107
Memoria del corazón	109
Viaje al centro del corazón	111
Metropolitana	113
Corazón insomne	115
Corazón insomne (II)	117
El corazón de un microrrelato	119
Declaración de amor	121
Culinaria	123
Corazón de pollo	125

Corazón gourmet	127
Corazón serial	129
Reincidente	131
Corazón devoto	133
Desenlaces	135
Altura inadecuada II	137
Saltos mortales	139
Francesca Woodman	141
Anuncios clasificados	143
Lecciones de sastrería	145
Sirenocardia	147
Corazón Aleph	149
Corazón recóndito	151
Corazón de dinosaurio	153
Anatómica del corazón	155
Epitafio del corazón	157

II. CORAZOTODOS

Mosquito Corazón	161
Un corazón entre las sombras	163
Corazón tan azul	171



CorazoNadas, de Ana Clavel, se terminó de imprimir en julio de 2023, en los Talleres Gráficos Santa Bárbara, S. de R. L. de C. V., ubicados en Pedro Cortés núm. 402-1, colonia Santa Bárbara, C. P. 50050, Toluca, Estado de México. El tiraje consta de quinientos ejemplares. Para su formación se usó la familia tipográfica Matiz, de Juan Carlos Cué. Diagramación, formación, diseño de portada y supervisión en imprenta: J. Daniel Pichardo Vargas. Cuidado de la edición: César Alan Malváez Hernández y la autora. Editores responsables: Alejandro Pérez Sáez y Jorge Eduardo Robles Alvares.



En *CorazoNadas*, libro de minificciones, Ana Clavel nos muestra cuánto corazón hemos ido acumulando: el de las guerras floridas y la noche boca arriba cortazariana, el de Alicia y la reina cruel, el delatador de Poe bajo la duela, el corazón de las tinieblas de un Conrad imprescindible, el corazón que es un cazador solitario en la extraordinaria novela de Carson McCullers, el cazador que debe llevar a la envidiosa reina el corazón de Blanca Nieves o el que busca en la tierra de Oz el hombre de hojalata; claro, el del dinosaurio monterrosiano no podía faltar. Se trata de referentes con los que uno navega en complicidad con la autora, surfedora maestra que nos lleva en la cresta de la ola y luego permite que la espuma del humor nos devuelva a tierra.

Corazón pinturero al que Ana Clavel ha dado nueva vida en su literalidad: corazón roto, zurcido, abierto, corazón de pollo. Corazón de quirófano, de frasco, de autopsia, de lección de anatomía. Visto desde sus dos extremos, unido por el lenguaje que lo hace el órgano de las emociones, las combinaciones de *CorazoNadas* sangran nuestros ojos lectores.

MÓNICA LAVÍN